

EL PRIMER SIGLO
DEL
MONASTERIO DE ALBELDA (Logroño)
(Años 624 a 1024)
POR
JULIAN CANTERA CRIVE

Tarea difícil y en extremo laboriosa querer dar movimiento a un ser inanimado desde hace ya cientos de años, y pretender cubrir nuevamente de vida esa masa informe de arcilla vetada de yeso que, a semejanza de inmenso esqueleto de un gigantesco saurio paleolítico agujereado por la polilla, se retuerce a la izquierda de la villa riojana de Albelda sobre la margen derecha del río Iregua.

Porque ya no hormiguan por sus laderas los casi doscientos monjes que allí vieron en sus días Gomesano y Vigila; ya no salen cada uno a sus faenas los hermanos conforme al menester para que fueron llamados; ya no suenan a sus horas marcadas los esquilones románicos de sus viejas ermitas, invitando a la oración, al trabajo o al silencio; ya no vienen formados en dos filas los monjes a la Claustro conventual para recibir del Abad la bendición de despedida al retirarse a sus celdas... Porque de todo *aquello* no queda más que esa descarnada «masa informe» de la Peña y unos cuantos pergaminos y documentos.

Empresa difícil y penosa rehacer todo esto, especialmente en sus orígenes, y responder a la pregunta que, como yo, se habrán hecho muchos: «¿Qué fué del Monasterio de San Martín de Albelda en su primer siglo?» Pero a la vez cosa noble y halagadora ver surgir al Ave Fénix de sus cenizas y hacer luz en épocas oscuras y remotas sobre un Monasterio riojano que vida tan exuberante tuvo al menos por algún tiempo y de la cual quedan rastros tan insignes en París y El Escorial.

Muévenme a pergeñar este trabajo mi acendrado amor a la Rioja y a la simpática Villa de Albelda de Iregua, cuyo ilustre Ayuntamiento ha tenido la amabilidad de agradecerme oficialmente el recuerdo dedicado por mí en las páginas de Berceo al monje Gomesano, escriba de su Monasterio. Me brindan también su oportunidad dos hechos memorables acaecidos hace ahora justamente mil años : la incorporación del Monasterio de San Prudencio y la edición del Códice Gomesano, ambos el año 950, bajo la feliz gestión del «santo padre» el Abad Dulquito.

La historia de todo Monasterio tiene dos partes, una que podríamos llamar material y muerta, *el edificio*, y otra formal y viva, *la comunidad*. Conforme a esto dividiré mi artículo en dos secciones, referentes la primera a la descripción del *Monasterio* y la segunda a la narración de hechos o *Crónica monacal*, intercalando entre ambas el estudio de las *Fuentes de información*, con arreglo al siguiente

SUMARIO

PRIMERA PARTE

El Monasterio

I. La «Peña Salagona».—II. Naturaleza y arte. Todavía lo visigodo.—III. Así surgió el monasterio. Construcciones y adherencias.—IV. Los límites de su demarcación.—V. Cómo lo vieron nuestros antepasados.—1. De muy lejos Ambrosio de Morales.—2. Junto a él posó el P. Yepes.—3. El P. José Morel lo vió desde Logroño.—4. No se acercó mucho más el P. Risco.—5. Llegó su noticia a los extranjeros Mabillón, Baronio, etc.—VI. Así desapareció el monasterio.—1.º Los desprendimientos de tierras.—2.º El de 1939.—3.º Los apuros de «el rey de Albelda» en la Navidad de 1923.—4.º La catástrofe de 1685.

SEGUNDA PARTE

Las fuentes de información

I. DOCUMENTOS del Archivo Colegial de Santa María de la Redonda de Logroño, unos originales y otros copias direc-

tas.—II. La MATER OMNIUM del prelado Mirón en el siglo once.—III. CARTULARIO del Monasterio de San Martín de Albelda, que todavía estaba en Logroño el año de 1501 (hoy desaparecido) y que se conserva en copia autorizada en el Real Archivo de Simancas, donde se trasladan sesenta y cuatro documentos.—IV. CÓDICE GOMESANO de París.—V. CÓDICE VIGILANO, llamado también EL ALBELDENSE, ahora en la Real Biblioteca de El Escorial.—VI. ACTAS CAPITULARES, o documentación aneja, en las que suele hacerse relación a memorias de sucesos pasados.—VII. BIBLIOGRAFÍA albeldense.

TERCERA PARTE

La crónica Monacal

Aunque los capítulos hayan de resultar a veces muy desiguales por depender su extensión de la importancia del asunto de cada uno, prefiero ponerlos según el orden de Abades por considerarlo así más conveniente y regular para seguir el hilo de los acontecimientos históricos.

- I. Don Pedro I el « Abad fundador »,
1 de diciembre de 921, 5 de enero de 924.
- II. Don Gabelch,
5 de enero de 925.
- III. Don Gomesano,
6 de febrero de 928.
- IV. Don Pedro II,
20 de septiembre de 928.
- V. Don Oriol, Auriolo o Aurelio,
11 de enero de 931.
- VI. Don Gómez,
26 de junio de 933.
- VII. Don Munioni o Munio,
30 de enero de 942.
- VIII. El « Santo padre » Abad Dulquito,
22 de noviembre de 942 - 943 - 945 - 947 - 950. - Primeros días de enero de 951.
- IX. Don Salvo o Salvio,
953 - 955. - 2 de diciembre de 964.
- X. Don Maurelo, Morello o Morillo,
30 de noviembre de 972 - 973 - 974. - 25 de mayo (o 27 de abril) de 976 - 978.

- XI. Don Vigila, Vegela o Vela,
1 de octubre de 983.
- XII. Don Rapinato,
4 de mayo de 985.
- XIII. Don García,
988 - 992.
- XIV. Don Blas,
993 - 996 - 997.
- XV. Don Leonario,
17 de mayo de 1024.

PRIMERA PARTE

El Monasterio

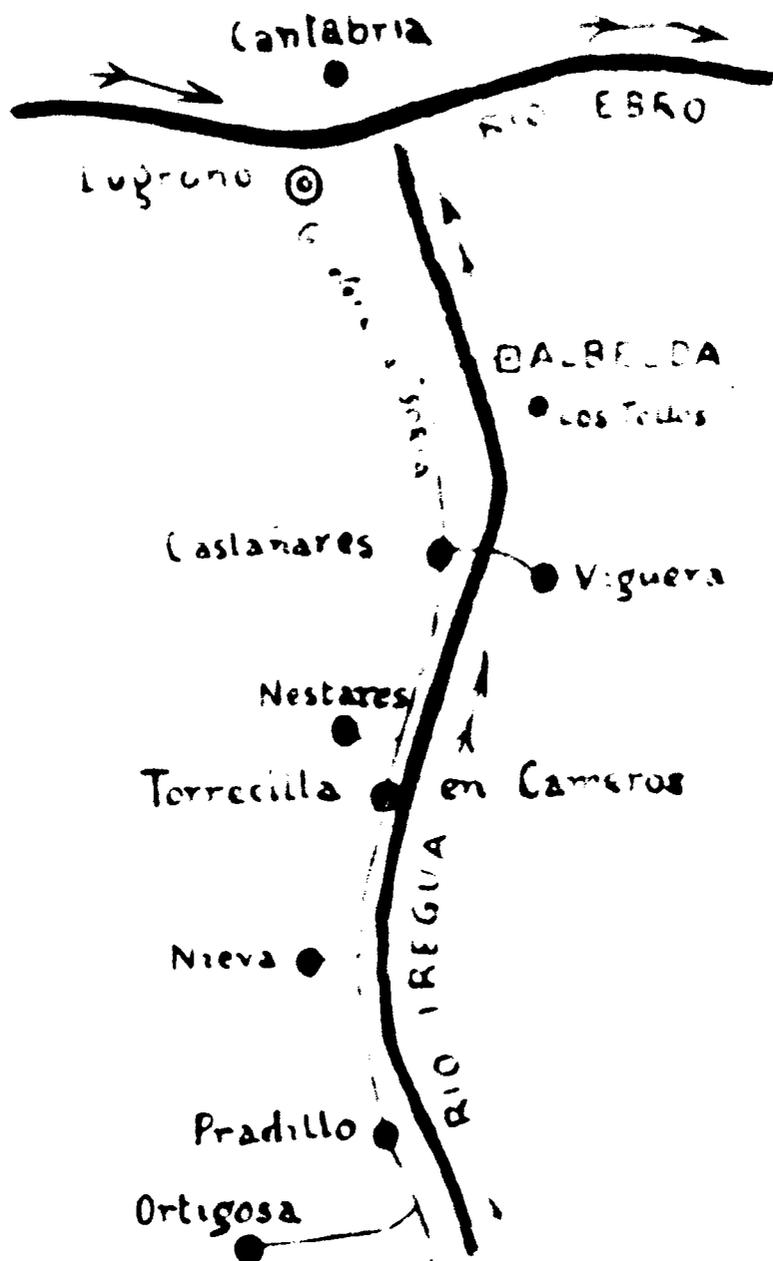
I -- La peña salagona

Entre las curiosidades típicas de la Rioja, una es la de las Peñas a orillas de los ríos perforadas de Cuevas labradas — o aprovechadas cuando son naturales — para servir de habitación al hombre. Tales son, por citar algunas, las de Arnedo, sobre el Cidacos; las de Najera, sobre el Najerilla, y las de Torrecilla en Cameros, sobre el Iregua. Muchas de ellas, ocupadas hoy por vecinos y adecentadas como puedan estarlo las mejores casas, tienen suficiente desahogo para la vida de una familia.

A lo largo de la cuenca del río Iregua (allí donde antes de la Era cristiana Berones y Pelendones se daban las manos) podemos visitar una serie de cavernas que, aunque naturales en su mayor parte, sirvieron de vivienda a los del país. Ortigosa de Cameros tiene la Cueva de la Pedriza, la Cueva del Tajón o de los Tejones, las Cuevas del Río y las Cuevas de Ortigosa próximas al pueblo; Pradillo y Nieva muestran también las suyas, entre las que sobresalen las Cuevas de Peña la Miel y las de la Carretera, una de ellas llamada de San Jorge; Torrecilla en Cameros, además de la celebrada *Cueva Lúbrica* o *Lóbrega*, ofrece al curioso atrevido la Cueva de los Murciélagos, la Cueva de la Cruz de Hierro y las Cuevas de Sierra Cebollera. En fin, es de admirar en Nestares la Cueva de San Bartolomé con yacimientos de huesos y cerámica.

Aludiendo a las Cuevas de Castañares, frente a Viguera, continuando por la margen izquierda del Iregua, escribía yo el día 17 de agosto de 1930 en « Diario de la Rioja »: «Un paso

más en nuestro camino y estamos en el pueblo de Castañares, al que apellidan sus famosas Cuevas, de las que hablaremos luego..., *Cuevas ibéricas*. En bastante número asoman sus bocas en un recodo que forma la montaña sobre Castañares; mas no todas son accesibles. Haciendo verdaderos prodigios de acrobatismo, trepando por palos y peñas, después de ganar



la altura por el áspero sendero de la cuesta, pudimos lograr la entrada de unas cuantas comunicadas entre sí, cual si en sus buenos tiempos hubieran constituido el patrimonio de una sola familia.

Cavadas en la misma peña ofrecen el tipo corriente de las habitaciones rupestres de los primeros pobladores de España;

horno y cocina la una, establo y depósitos otras, y cámaras de vivienda las demás, distinguiese entre todas la que había de ser templo de la familia y de la tribu: un altar de grandes dimensiones cortado en la piedra misma de la caverna, con asientos de piedra también a los lados, es el sello inconfundible del destino que se dió al recinto; allí el patriarca ofrecía a la divinidad los convenientes sacrificios en presencia de la familia reunida; allí ésta elevaba al cielo sus religiosas plegarias».

Un año después de nuestra visita a Castañares ; 1931 ! en el que tantas cosas se derrumbaron en España, desgajáronse también de la Peña de Castañares sus famosas «Cuevas» por un enorme desprendimiento de terreno, arrancándolas tan de cuajo que no ha quedado de ellas el menor vestigio.

Si me detuve especialmente en las Cuevas de Castañares sobre el Iregua, lo hice porque su proximidad a Albelda (unos seis kilómetros de distancia), su contacto histórico con ella (el rey don Sancho, el conquistador definitivo de Viguera, fundó el monasterio de Albelda) y su afinidad de destino (quiero decir el servicio para vivienda, pues se apreciaba haber tenido un piso superior y en él un saledizo corrido), pueden hacer luz acerca de la PEÑA SALAGONA de Albelda

Designan con este nombre los naturales del país al cabezo alargado que en el terreno miocénico de la parte alta de la villa de Albelda corre de norte a sur y en casi todo su frente occidental se presenta agujereado con multitud de huecos al viajero que de la carretera general se dispone a entrar en el pueblo por el puente. *Salagona* llaman en Aragón y Rioja a una tierra caliza y arcillosa que con el agua se endurece.

Ambrosio de Morales dice a este propósito : « Ya quando otra vez se hizo mención de este lugar de Albelda en lo del Rey don Ordoño el primero dixé, como el nombre de Albayda o Albelda quiere dezir cosa blanca. Y a todo aquel sitio le conviene mucho tal nombre por estar sobre una montaña toda de yesso y también de otra peña fofa y muy blanca, que está debaxo, y la llaman los de la tierra Salagona, y se labran en ella, no solamente cuevas, como en Madrid o en Guadalajara, sino aposentos formados, y casas enteras, quando aciertan a tener un lado derecho de peña tajada, a donde puedan sacar las luzes».

» Así veremos presto como este monesterio tuvo dozientos monjes, por tener su sitio un gran lado desta peña tajada, que cae sobre el río Yruega, adonde pudieron tener los monjes las celdas labradas con solo cavarlas, y todo lo demás del mones-

terio pudo tener las luzes que agora se ven, sirviendo los aposentos de palomares».

En esta *Peña Salagona* tuvo su principio el Monasterio de San Martín de Albelda. Ahora bien, antes de la fundación del cenobio ¿había ya cuevas labradas o naturales en la Peña? El recorrido que hicimos por los pueblos ribereños del Iregua admite la posibilidad de que las hubiese; las tres coincidencias apuntadas antes con Castañares de las Cuevas hacen el hecho muy probable; las Cuevas, que los vecinos de Albelda llaman «Los Tollos», entre Nalda y Albelda, en el camino que a ambos conduce, y a la derecha del Iregua, podrían considerarse como puntos de enlace entre las Cuevas de Castañares y las Cuevas de la Peña Salagona; la premura, en fin, con que debió habilitarse la vivienda de los primeros monjes — 11 de noviembre de 923 a 5 de enero de 924. La fecha de fundación del Monasterio, según testimonio documental auténtico, es el día 5 de enero de 924. Pero otro documento, cuyo estudio haremos en su lugar correspondiente, permite sospechar que el rey navarro don Sancho Garcés I había pensado en fundarlo el año 921, después de la momentánea conquista de Viguera, a raíz del desastre de Valdejunquera, debiendo desistir de su intento por la inmediata pérdida de la plaza a causa de la nueva presión de los moros, que no pudo resistir entonces hasta que, unido a don Ordoño II de León, sustrajo del dominio musulmán toda esta parte de la Rioja con la doble victoria de 923 —, todo ello nos induce a creer que las Cuevas naturales o artificiales — utilizadas más tarde por los monjes de San Martín — continuaban por la Peña Salagona para terminar en las llamadas Cuevas de Viana y Cuevas del Águila al occidente y al sur respectivamente del Cerro de Cantabria sobre Logroño y enfrente de la desembocadura del Iregua en el Ebro.

II. Naturaleza y Arte.—Todavía lo Visigodo

Acostumbrados, como estamos, a ver los soberbios edificios que las Órdenes Religiosas levantaron en los siglos de su mayor pujanza, no acertamos a concebir, si no es así, la residencia de los monjes, sobre todo en la antigüedad, por el misterio de que se halla rodeada su historia. Sin embargo, nada más lejos de la realidad que semejante suposición imaginaria. Una visita al Monasterio de San Millán de Suso (o de arriba) en el monte y su comparación con el de San Millán de Yuso (o de

abajo) en el valle, nos convencerá de ello. El primero es obra del siglo VI reformada en el X, y nos sorprende por su pequeñez en todos sentidos, sin que por ello desmerezca en nada su valor arqueológico e histórico, que son incalculables; el segundo, llamado «El Escorial de la Rioja», se distingue por su colosal estructura arquitectónica, cuya construcción, comenzada en el siglo XVI, no alcanzó su perfeccionamiento hasta el XVIII.

Lo primero de todo doy por descontado lo que antes dije del aprovechamiento de Cuevas antiguas (naturales o artificiales) en la Peña Salagona para el comienzo de la vida monasterial en el cenobio albeldense. Con el número de monjes había de ir aumentando progresivamente el conjunto de celdas labradas en el macizo terroso. Pero, como es natural, no había de reducirse a esto la obra del monasterio. Se necesitaban lugares de reunión, como la iglesia para los actos de adoración y de culto, cocina y refectorio, aunque fuesen rudimentarios, biblioteca, enfermería y hospedería y —tratándose del monasterio de que hablamos— el «scriptorium» u oficina de trabajos paleográficos, puesto que existiendo obras de ese género—los famosos Códices de Albelda—hubo de existir también el lugar de donde salieron.

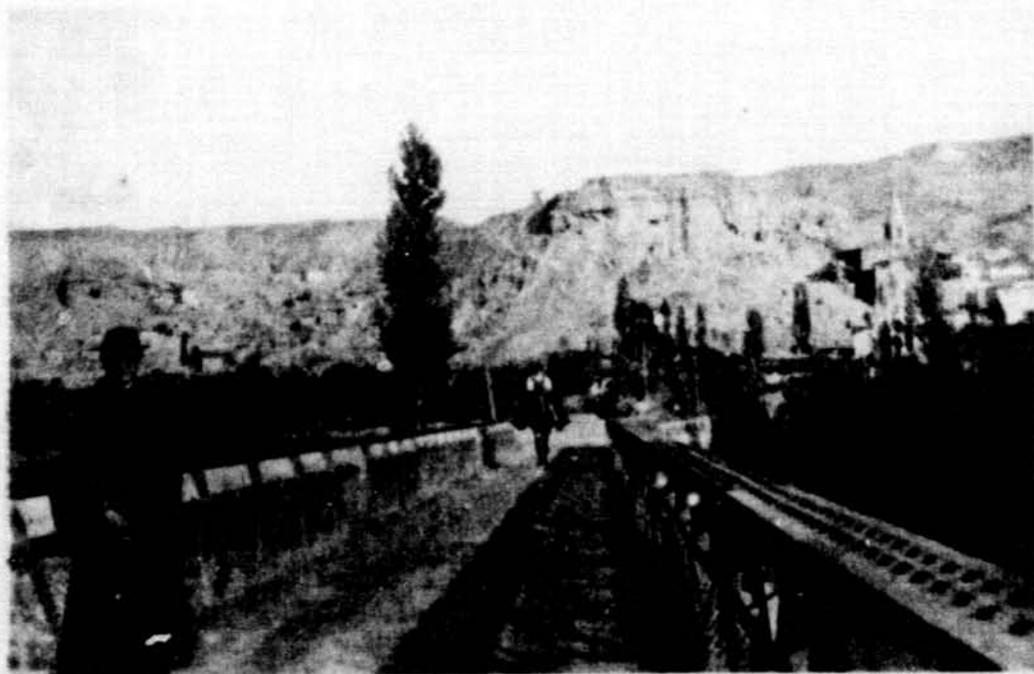
Fácil es deducir de aquí que, siquiera de una manera sencilla y primitiva, todo esto se dió en la Peña Salagona y alrededores de ella. No es tan llano, sin embargo, y hacedero llegar a conclusiones ciertas sobre lo que fueron esos edificios y aposentos, como el sitio donde se levantaron por la mano del hombre. La misma Peña Salagona, debido a causas que después veremos, ha sufrido deformaciones tales que la hacen hoy muy distinta a lo que era en el siglo décimo.

* * *

Dejando para su propio capítulo las averiguaciones pertinentes a la localización de edificios, nos proponemos estudiar ahora el estilo que sirvió de orientación al arte del monasterio. Sin perjuicio de que se usase también otro género de arquitectura, parece que la predominante fué la *visigoda*. Nos llevan a esta conclusión tres indicios: la capilla funeraria de las Tapias, a un kilómetro de la actual Albelda, pero no tan distante de la Peña Salagona en su lado norte; las miniaturas y viñetas del Códice Vigilano de Albelda, y una comprobación personal directa.



1. ALBELDA DE IREGUI (Logroño).—Vista general, desde las ruinas



2. Vista general y completa de LA PEÑA SALAGÓN, desde el puente



3. ALBELDA DE IREGUA (Logroño).—LA PEÑA SALAGONA. Extremo Norte.



4. LA PEÑA SALAGONA desde el camino de Alberite



5. ALBELDA DE IREGUA (Logroño).
LA PEÑA SALAGONA enfrente y
junto a la Iglesia Parroquial.
Mira al Poniente.

6. ALBELDA DE IREGUA (Logroño).
LA PEÑA SALAGONA.
Extremo Sur.



De la capilla funeraria no puedo hablar yo porque no la he visto. Pero cedo muy complacido la palabra al insigne arqueólogo don Blas Taracena y Aguirre, que el año 1926 practicó fructuosas excavaciones sobre su emplazamiento, acompañado del actual alcalde de Albelda don Ignacio Gómez. Dice así el señor Taracena:

«Caminando sobre tales noticias — de la historia de Albelda — nuestra exploración de la capilla funeraria fué precedida de minuciosa visita a estos parajes... El cementerio por nosotros excavado se halla en un viñedo denominado «las Tapias» poco más de un kilómetro al norte de Albelda y en el camino de Alberite. A poco más de un metro de profundidad hallamos un edificio, cuyos muros miden 60 centímetros de espesor y están contruídos con piedras de río sin escuadrar, fuertemente trabadas con mortero. En la primera cava, y ya descubiertas sus cimas, hallamos enorme cantidad de tejas de tipo romano, planas, de 40×52 centímetros y curvas, de 46×12 .

«Dentro de su disposición general de cruz griega, nada más informe ni asimétrico que esta construcción, donde ni los ángulos entrantes ni las líneas de los muros coinciden. Está formado por un departamento central de unos $6,50 \times 4$ metros con piso terrero, y lleva al O. al nivel del suelo y con 15 centímetros de profundidad, excavada y revestida de mortero, una pila rectangular de $1 \times 0,75$ metros. Se llega a él desde el ángulo NO. por unos toscos escalones y adosados se encuentran cuatro compartimientos rectangulares, uno al N. con escaleras de subida, dividido en dos por un tabique y los otros dos completamente incomunicados...

»La hebilla de cinturón que antes indicábamos, único resto indumentario con su placa en forma de U y adornada con profusión de relieves geométricos y vegetales de marcado sabor oriental, debidos quizás a la corriente bizantina que se acusa en la metalistería *visigoda* de la última época, pertenece a un tipo definidamente peninsular que se ha encontrado por tierras leonesas... y palentinas..., pero con mayor abundancia en la región andaluza..., haciendo también esporádicamente su aparición en Carpio del Tajo (Toledo)... Créense hasta ahora todas estas piezas obra del siglo VII...

»El tipo de la planta de este pobre edificio presenta aparente filiación bizantina y una remota semejanza en otro más suntuoso y también *visigodo*, la iglesia de Santa Comba de Bande, en Orense, obra del siglo VII, a cuya centuria debemos también

atribuir esta humildísima de Albelda. Ahora bien, el destino de tal construcción, con sus reducidas proporciones, esa pequeña pila bautismal, los cuerpos independientes adosados al rectángulo central y uno de ellos dedicado a enterramientos, parece ser el de una capilla de carácter funerario semejante, en cuanto a su finalidad, a la de Burguillos, obra también del siglo VII». Hasta aquí el señor Taracena.

Esta capilla, con su cementerio, es hoy invisible para nosotros; no así para los primeros monjes de Albelda, que acaso se servirían de ella y la aprovecharían como ejemplar visigodo para sus primitivas edificaciones.

* * *

Indicio más seguro para nuestro juicio sobre el estilo *visigodo* predominante en el monasterio de Albelda, lo hallamos en las miniaturas y viñetas de su famoso Códice Vigilano. Sabido es que los iluminadores de estos códices tomaban sus motivos de las cosas y personas que les rodeaban y, tratándose de edificios, los dibujaban conforme al arte que tenían delante en la casa donde vivían. Una simple mirada al folio I v (que hoy corresponde al XXII v) nos hace ver al escriba o copista (figura 7) enmarcado en una puerta la del «scriptorium»—cuyo arco netamente *visigodo* de oro y varios colores entremezclados es nuestra patente de la arquitectura adoptada por los monjes de Albelda para las construcciones contemporáneas del códice.

A pesar de que se trata del siglo décimo (año 976), no es arco muzárabe el de la entrada al «scriptorium», sino *visigodo*, por ser más ancho que el hueco que cubre, tener el despiezo radial desde sus arranques y apoyarse directamente en los capiteles de las columnas. Además, fijándose atentamente en el dibujo, el arco no es sencillamente circular, sino que se forma de varias curvas acordadas, aunque en apariencia resulta una sola, detalle correspondiente al arte visigótico. Al margen exterior y al fin de la segunda columna del folio 4 (y así en otros folios) otro arco *visigodo* encierra una nota cronológica que el escriba Vigila tuvo interés en consignar, dibujándose como figuras ornamentales arcos *visigodos*, cual si fuesen ellos los únicamente conocidos. Ello nos lleva de la mano a suponer que la arquitectura visigótica se impuso en las obras del monasterio durante su primer siglo.

* * *

Por último, vaya por lo que valiere mi personal y directo testimonio. El curso de 1938 a 1939, hallándome como Profesor del Seminario de Logroño, establecido entonces en la hermosa y bien situada Residencia de los Padres Escolapios de Albelda, tuve ocasión de ver detenidamente la Peña Salagona y sus contornos. Siempre me llamó la atención uno de los huecos que daban al poniente, situado a bastante altura y que afectaba una



FIGURA 7.—El escriba del Códice Vigilano de Albelda.

forma del todo semejante a la puerta *visigoda* del escriba de la figura 7. Para salir de dudas, subí con dificultad por lo resbaladizo de la ladera en pendiente muy pronunciada, y pude comprobar con satisfacción que era una salida al exterior tallada en la misma Peña tal como yo me la había figurado. Por lo cual exclamé: «Todavía lo *visigodo*». Este arco desapareció en el derrumbamiento de esta parte de la Peña el mes de abril de 1939.

(Continuará)

